



PREPARATORIA SIETE

C U A D E R N O S

D E C U L T U R A

**SEMBLANZA BIOGRAFICA DEL
GENIAL ESCRITOR:**

HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

Núm. 2

A U T O R:

PROFR. Y LIC. HECTOR M. HERNANDEZ R.

T8119

4



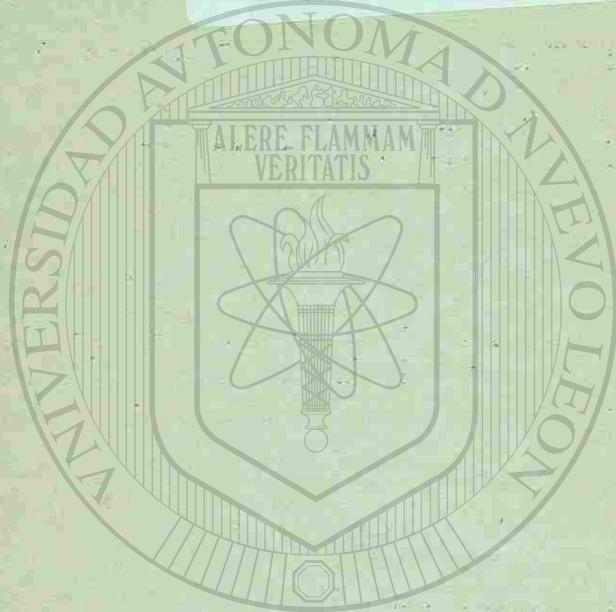
PT8119
H4

PT 8119

14



1020082258



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1

PRESENTACION

Recibimos con gran beneplácito el presente trabajo elaborado por el Lic. -- Héctor Manuel Hernández Ruiz, como -- una contribución importante al mundo de la cultura.

La Dirección de la Escuela agradece en todo su valor, esta aportación generosa, que de antemano sabemos reclama -- tiempo; disposición de ánimo y la entrega de significativos esfuerzos.

Este interesante trabajo literario que inscribimos en la Serie de "Cuadernos de Cultura" versa sobre la vida del -- ilustre poeta y escritor danés Hans -- Christian Andersen (1805-1875).

Las primeras novelas de Hans Christian Andersen fueron: El Improvisador (1835) OT (1836) y No más que un Violinista (1837); pero lo que le dió fama internacional fueron sus encantadores cuentos, publicados entre 1835-1872 y traducidos en todos los idiomas; en ellos muestra Andersen su extraordinaria imaginación y hondo conocimiento de la -- psicología de los niños. Compuso también: Poesías; Fantasías; Bocetos De -- Viaje; La Narración de mi Vida; En España, y Los Dramas: Acheverus; El Mulato, etc.

3251

Como lo dice el Lic. Hernández Ruiz en la parte final de este esbozo biográfico: "A más de un siglo de distancia de su partida, los cuentos de Andersen se siguen y continuarán leyendo; ellos lo han hecho inmortal; después de haber encantado nuestra niñez con su belleza y su delicado tono lírico volver a deleitarnos siempre, cualquiera que sea la época de la vida en que los - - leamos".

EL SECRETARIO ACADEMICO
PROFR. HECTOR GUERRA GUERRA



FONDO UNIVERSITARIO

37761

PROLOGO

Bogar en la trama de los Cuentos de - - Hans Christian Andersen, es una singular experiencia.

Si consideramos que sus narraciones, -- reflejan la precaria situación económica que sufrió durante su infancia y todavía en la primera etapa de su asombrosa vida literaria; a través de su narrativa deja entrever que sus argumentos llevan el recuerdo infantil de conversaciones de mayores, acerca de viejas leyendas y tradiciones de su ciudad natal.

De la misma manera apreciamos su exquisita sensibilidad, para recrear su obra; en la cual se percibe una profunda necesidad de vivir, con el viejo y nunca -- olvidado anhelo de cultivarse. Enfrentar con valor y lucidez sus dos decepciones amorosas. Lector y viajero incansable, dos ingredientes que se compaginan para enriquecer su temática.

De sus relaciones sociales, adquiridas [®] y ampliamente valoradas, de las cuales siempre hace mención y no olvida en -- ningún momento, muchas fueron sus satisfacciones. Dedicó sus cuentos, en varias ocasiones, a sus amigos o protectores para testimoniarles su agradecimiento.

Andersen enfrentó con altruismo todos los trances de su agitada vida, siempre viéndole el halo positivo.

Esta compilación tiene como objetivo -- principal hurgar en las desdichas y -- sinsabores que motivan a un genial escritor, quien a fuerza de voluntad y entereza, a veces estoicamente, se revela con una genialidad digna de encomio. Su creatividad y su talento, fueron dando paso a sus cuentos, si bien es cierto que debemos decir que no todo fue miel sobre hojuelas. Hubo fracasos pero nuestro biografiado no se amilana, no se arredra, sabe que lo importante no es no caer nunca, sino -- cuando caes, reincorporarte a la vida con renovados bríos.

Recomendamos ampliamente la lectura de los cuentos de Hans Christian Andersen, por su contenido, por la esplendidez y dulzura con que nos vamos imbuyendo en la plasticidad de sus personajes; su inspiración y su maravillosa imaginación que le abrieron las puertas de la gloria.

Sus poemas, sus novelas, sus libros -- de viajes, magníficamente escritos, no empeñan el fulgor esplendoroso de sus cuentos admirables.

SEMBLANZA BIOGRAFICA DEL GENIAL ESCRITOR HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Dinamarca, el más pequeño de los países escandinavos, posee bellezas naturales con agradables y variados paisajes en que alternan con los fiordos, las playas deliciosas, los campos con los bosques. Comprende la península de Jutlandia y quinientas islas, de las cuales están habitadas cien; mencionaremos por su importancia Selandia y Fionia.

De mayo a octubre se goza en ellas de un clima agradable y se admira el esplendor de la naturaleza fértil y frondosa; sus caminos atraviesan sembrados de cultivo, matizados por las manchas de plantas de mostaza que se encuentran por doquier y sus árboles sombrean las llanuras y el paisaje desprovisto de -- montañas.

En cambio sus inviernos son largos y -- húmedos; las nieblas descienden de improviso y cubren las ciudades y las maravillas de sus fiordos y lagos, que pronto se ven transformados en cristales. Las noches de invierno parecen -- eternas y la imaginación las puebla de viejas leyendas, de atrayentes historias que proceden tal vez de los cim--brios y los vikingos, primeros pobladores de aquellas tierras, o de seres -- fantásticos de la fecunda mitología -- escandinava.

Andersen enfrentó con altruismo todos los trances de su agitada vida, siempre viéndole el halo positivo.

Esta compilación tiene como objetivo -- principal hurgar en las desdichas y -- sinsabores que motivan a un genial escritor, quien a fuerza de voluntad y entereza, a veces estoicamente, se revela con una genialidad digna de encomio. Su creatividad y su talento, fueron dando paso a sus cuentos, si bien es cierto que debemos decir que no todo fue miel sobre hojuelas. Hubo fracasos pero nuestro biografiado no se amilana, no se arredra, sabe que lo importante no es no caer nunca, sino -- cuando caes, reincorporarte a la vida con renovados bríos.

Recomendamos ampliamente la lectura de los cuentos de Hans Christian Andersen, por su contenido, por la esplendidez y dulzura con que nos vamos imbuyendo en la plasticidad de sus personajes; su inspiración y su maravillosa imaginación que le abrieron las puertas de la gloria.

Sus poemas, sus novelas, sus libros -- de viajes, magníficamente escritos, no empeñan el fulgor esplendoroso de sus cuentos admirables.

SEMBLANZA BIOGRAFICA DEL GENIAL ESCRITOR HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Dinamarca, el más pequeño de los países escandinavos, posee bellezas naturales con agradables y variados paisajes en que alternan con los fiordos, las playas deliciosas, los campos con los bosques. Comprende la península de Jutlandia y quinientas islas, de las cuales están habitadas cien; mencionaremos por su importancia Selandia y Fionia.

De mayo a octubre se goza en ellas de un clima agradable y se admira el esplendor de la naturaleza fértil y frondosa; sus caminos atraviesan sembrados de cultivo, matizados por las manchas de plantas de mostaza que se encuentran por doquier y sus árboles sombrean las llanuras y el paisaje desprovisto de -- montañas.

En cambio sus inviernos son largos y -- húmedos; las nieblas descienden de improviso y cubren las ciudades y las maravillas de sus fiordos y lagos, que pronto se ven transformados en cristales. Las noches de invierno parecen -- eternas y la imaginación las puebla de viejas leyendas, de atrayentes historias que proceden tal vez de los cim--brios y los vikingos, primeros pobladores de aquellas tierras, o de seres -- fantásticos de la fecunda mitología -- escandinava.

En Odense, ciudad de la isla de Fionia, vivía un hombre joven, Hans Andersen, de ascendencia alemana, que se creía -- muy desdichado; había soñado con un --- porvenir venturoso, tenía ansias de saber, de estudiar para una vida feliz; pero la realidad vestida de pobreza lo había obligado a despertar y tener que conformarse con aprender un oficio, el de zapatero, al lado de un tío suyo. Se consolaba de la frustración de sus esperanzas con la pasión por la lectura y su amor por las bellezas naturales que le rodeaban, pensando que un hombre no puede ser enteramente desgraciado cuando se vive en un país tan bello.

Formó su hogar con una mujercita de --- ojos claros y cabellos rubios y el nacimiento de un niño, el 2 de abril de 1805, vino a llenar de luz y alegría aquellos corazones. "Será un gran hombre --se dijo el padre-- él satisfará todas las ansias de saber que yo no he -- podido alcanzar". Al lado del pequeño, Hans Christian, como le llamaron, pasó largas y felices horas.

De condición aún más humilde que la del zapatero era la madre. En alguna oca--- sión, ya de mayorcito su hijo, contó a éste que de pequeña la enviaban a pedir limosna, cosa que le daba tanta vergüen--- za que se pasaba el día llorando sin -- atreverse a regresar a su casa sin una moneda. (En el cuento titulado "la niña

de los fósforos", Andersen relata un -- hecho semejante.) La madre, de escasa cultura, era muy trabajadora; con sus ingresos lavando ajeno fuera de casa, -- cooperaba al sostenimiento del hogar.

El tiempo, transcurre en Odense y con él pasaban sin sentir los días y los -- meses para Hans; su padre estaba cada vez más satisfecho y leía para él en -- voz alta fábulas de La Fontaine, comedias de Holberg, escritor muy popular de Dinamarca, su autor favorito, y los cuentos de Las Mil y Una Noches, porque trataba de familiarizar a su hijo con sus lecturas preferidas.

La vida tranquila de Odense se vió turbada por el arribo de una parte del --- ejército franco-español. Era época de -- las guerras napoleónicas, en que los triunfos de Bonaparte estremecían la -- vieja Europa. Dinamarca no podía quedar al margen y se alineó del lado de Francia.

El tiempo seguía en curso y para el hi--- jo del zapatero de Odense llegó el día de ir a la escuela, a donde fue llevado por su padre. Desgraciadamente su primera experiencia fue fatal y dejó a --- Hans Christian triste y desconsolado. -- Pasó la mañana tratando de contener las lágrimas. Al llegar al rincón familiar,

En Ginebra, ciudad de la isla de Francia su padre, de quien esperaba consuelo, lo recibió silencioso y grave y al rehusarse el niño a volver a la escuela al día siguiente, vió que en los ojos paternos brillaban lágrimas y conmovido obedeció.

En la escuela aquella aprendió a leer, a escribir y a conocer el pequeño mundo de la vida escolar; pero no olvidó nunca aquellas lágrimas que vistas en los ojos de su progenitor le enseñaron a -- conocer, al correr del tiempo, lo que -- significaban para un hombre que en su niñez no pudo estudiar en una escuela, el tiempo que hubiera deseado, por impidirselo la pobreza.

Poco después, su padre enfermó gravemente; el niño conoció días terribles. Ni médicos ni curanderos, a los que recurrió su madre, pudieron salvarlo y en una triste mañana de invierno en que nevaba copiosamente, su padre se alejó abandonando la vida que le había deparado más sinsabores que alegrías. Con la muerte de su progenitor acabó la infancia de Hans, quien tenía por entonces ocho años. A partir de aquel inolvidable y triste amanecer, todo cambió para el pequeño, ahora tenía que prepararse para ser hombre y ayudar a su madre.

Dejó el colegio, donde había pasado al-

gún tiempo e ingresó a otra escuela pública, donde comenzó a prepararse para su primera comunión. Después de la ceremonia, de hinojos ante el Altísimo imploró su protección porque deseaba ardentemente empezar a trabajar para ser útil a su madre. Dios oyó sus plegarias y le deparó trabajo en una fábrica de tabacos que dejó pronto, debido a -- que el polvillo de tabaco le perjudicaba el pecho y le provocaba tos.

Su madre volvió a casarse; después de -- la boda mejoraron las condiciones de -- vida para ambos. El niño pasaba el tiempo que le dejaba libre el estudio, leyendo sus libros e ideando funciones -- para su teatro o yéndose en lo profundo del bosque donde cantaba a sus anchas. Ese gusto para el canto fue su fortuna, porque cerca de su casa vivían dos de los hombres más ricos de la ciudad, que al oírle se maravillaron de esa voz y lo invitaron a su casa, donde conoció a un personaje que tuvo gran influencia en el destino del pequeño, el Coronel Guldberg. Este logró conseguir el permiso de que cantase ante el Príncipe -- Christian, heredero del trono de Dinamarca.

El niño al saberlo, soñaba despierto, -- estudiaría canto con la protección del Príncipe y llegaría a ser un cantante famoso. Acompañado del bizarro y genero

so coronel, partió un buen día lleno de emoción, al castillo, no sin antes recibir las instrucciones de su bienhechor, referentes a la manera de comportarse ante la realeza. -Si el Príncipe te pregunta cuáles son tus aspiraciones, contéstale que tu más vivo deseo sería entrar en un buen colegio. -

Comenzaba el capítulo de un bello cuento, y cobrando ánimo, Hans cantó aquella tarde como no lo había hecho nunca, primero con miedo y después con tanto entusiasmo que conmovió a todos. Una sonrisa del Príncipe y la aprobación a esa voz de cantor, vino a colmarlo de dicha. Aquella noche Hans no pudo dormir ni su madre tampoco.

Al día siguiente su Alteza Real hizo -- saber que patrocinaría la educación de Hans... Para que aprendiera un oficio. Respuesta que concordaba con los anhelos de su madre. Aquello fue la primera amargura que para otro joven que no -- fuera del templo de Andersen hubiera -- destrozado su vida, para él, no. Había leído en los libros que la vida de los grandes hombres comenzaba con toda clase de desventuras.

Hans Christian pasó entonces unos días terribles, no podía oponerse a la deci-

sión de su madre. Mientras tanto la imaginación de Hans lo llevaba a soñar con un porvenir brillante; sería famoso, -- vencería todos los obstáculos.

Quien conozca la decisiva influencia -- que ejercen las impresiones recibidas -- en la niñez y el influjo que el medio social en que se ha vivido tiene para la formación de un carácter y de una -- personalidad, podrá apreciar que en el caso de Hans Christian el ambiente no era propicio para concebir esperanzas ni fomentar aspiraciones; nada contribuía a estimularlo. En cambio, si leemos con cuidado su obra veremos que los años de su niñez humilde, pero saturada de cariño y de enseñanzas paternas, -- quedaron plasmados en su cerebro para aparecer más tarde vivos y cálidos en -- sus cuentos admirables.

Tenía ya catorce años, no debía perder tiempo, pero ¿Cómo convencer a su madre? ¿Ir a Copenhague él sólo!... Ella que -- era una mujer sencilla y supersticiosa, que creía en las cosas de la magia, fue a consultar a una adivina con fama de -- ahondar certeramente en los secretos -- del porvenir. ¿Qué iba a pronosticar -- aquella desconocida? esta vez la credulidad y la simpleza de la madre le valió al chico. -Tu hijo será un gran -- hombre y día llegará en que sea orgullo de su patria. Deja que emprenda el viaje y habrás cumplido con el mejor de --

los deberes- aseguró la adivina. Estas palabras sonaron como una melodía celestial que llenaba de paz y bienaventuranza el espíritu de Hans Christian.

Su madre lloraba, sentiría su ausencia, pero ya no se opuso al viaje. Arregló para el chico la levita de su padre que había llevado en su primera comunión y le ofreció sus ahorros, unas cuantas -- monedas que Hans aceptó con profundo -- agradecimiento; con esto y con una instrucción apenas elemental, partió a su destino, en un radiante y esplendoroso día de septiembre de 1819. ¡A Copenhague!

Después de cruzar en una diligencia los campos de trigo, las praderas frescas y rozagantes, llegó al mar y ello fue un descubrimiento sensacional. Un lanchón atravesó el Belt para ir a la isla de Selandia. Otra vez el traqueteo de la diligencia, ahora por caminos polvorientos y al fin Copenhague, la ciudad soñada; descender con rapidez del carruaje en la Puerta de Oeste y buscar habitación humilde cercana, de acuerdo con -- sus medios, fue cosa de un momento y -- después de salir a la calle y caminar y caminar por la gran capital; cruzaba -- calles sin saber a dónde iba, sin rumbo pero con un secreto impulso de dar con el Teatro Real. Sus pasos lo llevaron a ese sitio y al llegar creyó estar soñando: ¡El teatro Real! ¿Era verdad que -- estaba frente a él? Con la respiración

entrecortada por la emoción lo contempló a su sabor por un buen rato, lo rodeó por todos lados; pero el cansancio obligóle a regresar a su pobre posada a recogerse y soñar despierto.

Al día siguiente continuó sus exploraciones; la ciudad le pareció maravillosa, pero comenzaba a sentirse muy solo y perdido en ella. Con la osadía propia de la juventud volvió al Teatro Real y esquivando al portero pudo llegar hasta el mismo director, y hablarle con el -- valor de la desesperación. La figura -- del niño humilde y desgarrado impresionó desfavorablemente al árbitro de los destinos de tantos aspirantes a la gloria, quien sin compasión para el intruso lo corrió de su presencia, no sin -- burlarse de su figura, además de advertirle que sólo admitía a personas educadas.

Como no sabía qué hacer, pasaba los -- días caminando sin descanso por las calles y plazas; estaba hambriento y las monedas se acababan. Una idea que de -- pronto surgió en su cerebro le dió ánimo. ¿Por qué no se le había ocurrido -- antes? El sabía cantar. ¿Por qué no dirigirse a Siboni, un italiano director del Teatro-Escuela de Música de quien -- había oído hablar en Odense? No lo pensó más y con paso acelerado se encaminó a casa del artista.

Ese día había allí una fiesta: compositores, poetas y otras celebridades estaban con Siboni. Advertida su presencia y para divertirse a su costa le hicieron pasar, lo observaban sonrientes y burlones por su vestido viejo, recompuesto y sus zapatos llenos de barro. Hans Christian no reparaba en esas miradas porque su corazón palpitaba emocionado. Alguno de los presentes le pidió que cantase y el joven cantó ante ellos, interpretó escenas de Holdberg, recitó poesías; nunca supo lo que hizo; sabía, sí, que quizá sería su última oportunidad y cuando llegó al final comenzó a sollozar. Entonces sucedió lo extraordinario, estalló una ovación cerrada y unánime iniciada por el propio señor Siboni; lo abrazaban todos y un poeta pronosticó: "Este muchacho será algo un día".

Siboni le ofreció su ayuda moral y pecuniaria para que estudiara canto; uno de los presentes reunió una cantidad de monedas que constituyeron una fortuna para él en aquellos tristes días de aflictiva penuria. Todo esto le parecía un sueño, aquella noche no pudo dormir de alegría y de esperanza; sería cantante, ganaría mucho dinero, llegaría a ser famoso. Tanta felicidad le abrumaba y quiso compartirla con su madre mediante una carta esperanzada que escribió a Odense.

Durante algunos meses la vida de Hans cambió. El era feliz a su manera, se alimentaba mal y cada vez estaba más flaco, continuaba en sus clases, pero también leía incesantemente y comenzó a alternar sus estudios con la creación literaria.

El invierno de 1822 fue muy severo; mal alimentado y falto de ropa, Hans Christian lo pasó encerrado en su habitación, donde escribió una comedia: "Los ladrones de Vissenberg", basada en un cuento popular.

La amistad con Siboni le trajo el conocimiento de muchas personas importantes que comenzaron a animarlo a que continuase escribiendo, como lo hizo; pero vino un acontecimiento fatal para el chico que otra vez hizo variar el rumbo de su destino. En un otoño lluvioso Hans, que no se cuidaba de la lluvia ni del frío, enfermó de la garganta; su protector le envió un médico de mucha fama para que lo atendiera, pero a pesar del cuidado y de las medicinas, el médico declaró al maestro que Hans había perdido la voz y no podría cantar nunca más. Con los ojos húmedos Siboni le dio la noticia; Hans sintió que se partía en pedazos el corazón.

Acababa de cumplir los dieciocho años y no retornaría a Odense fracasado.

Había dado ya el primer paso como escritor y a pesar de que su primera comedia fue rechazada continuó escribiendo, y una tragedia, "Alfsol", dio prueba de ello. Rechazada también, no le faltó -- amparo de la Providencia que siempre -- protege a quienes en ella confían, y -- ella lo encaminó hacia el más poderoso de los directores, al Consejero de Estado, Jonás Collin, quien con gran clarividencia acertó a descubrir que en -- aquel muchacho flacucho y mal trajeado que tenía ante sí, había un escritor en potencia al que debía proteger.

El buen Consejero se preocupó desde ese instante de aquel aspirante a la gloria y pensó que lo indispensable para él -- era instrucción, y para eso ingresaría en un buen colegio. Pocos días después todo estaba arreglado y su Majestad el rey Federico VI se había dignado patrocinar su educación. Todo fue muy rápido, por fin realizaría lo que tanto había -- anhelado desde pequeño: estudiar, instruirse; presentía una era de paz y de sosiego. Collin era para él como un segundo padre, toda la familia le fue -- adicta siempre.

El 26 de octubre de 1822, a la edad de dieciocho años, después de cuatro de luchar en contra de la adversidad, abandonó Copenhague y llegó a Slagelse. Como su instrucción era deficiente, el -- Director del Colegio lo puso en el gru-

po de los menores, motivo por el cual tuvo que soportar las burlas de los mayores, pero se propuso hacer caso omiso de ello y se dedicó a estudiar y estudiar sin tregua para seguir una carrera en el aristocrático Colegio de Slagelse.

Al terminar el segundo curso y como lenitivo a sus penas, llegó una misiva -- inesperada de Odense; era del generoso coronel Guldberg para que pasara las -- vacaciones en su tierra natal; si bien pasó días felices, no podía dejar de -- recordar los aciagos, cuando la muerte de su pobre padre le trajo la desventura o cuando pretendían ponerlo a trabajar en el taller de sastrería.

Al regresar al colegio sintió más su -- amargura, las humillaciones aumentaban y cuando llegó la época de los exámenes estaba realmente aterrorizado; sin embargo, salió bien y pudo enviar con satisfacción sus notas al buen Collin que lo felicitó y le animó a perseverar. A pesar de las muchas contrariedades no -- se desanimó y pudo terminar los cursos de Slagelse con calificaciones que de-- jaron satisfecho al buen Consejero. ®

Collin conocía el mal carácter del Director y sus problemas familiares, así fue que, habiéndose enterado de la angustiosa situación de su protegido, le

ordenó que abandonase inmediatamente -- el colegio. Generoso como siempre, le -- puso un profesor particular para prepara-- rarlo al examen de la Universidad antes de enviarlo a otro colegio. Tras la pe-- sadilla del colegio de Slagelse vinie-- ron los venturosos tiempos de estudio -- en Copenhague en que Hans se esforzó -- cuanto pudo y aprobó el curso. Cuando terminó su último examen se dio cuenta de que no era ya un muchacho, tenía 22 años y su vida necesitaba una finalidad determinada.

La pensión del Rey había terminado y -- tendría que enfrentarse a la vida con recursos propios. En sus tiempos de -- estudiante había comenzado a escribir versos; dos poemas que aparecieron en un periódico local, firmados por -- -- Andersen fueron leídos por Collin, --- quien pendiente siempre de su protegi-- do, le advirtió que si seguía por ese camino lo reprobarían y no terminaría sus estudios; dócilmente suspendió en-- tonces su actividad de escritor, mas -- después, en su último año, volvió a -- escribir, dejó la poesía y se dedicó a la prosa, en la que relataba viejas -- historias, que siempre tenían un sabor a nuevo, fresco y ameno. Envió una de ellas a un periódico, que tuvo magní-- fica acogida y recibió por ellos nume-- rosos parabienes en su retiro escolar, y más tarde la aceptación de una breve pieza teatral acabó de colmar sus as-- piraciones. Andersen sentíase satisfe-

cho, radiante de felicidad. Sería es-- critor.

En Copenhague visitó al Rey para agra-- decerle su excepcional ayuda y empezó a escribir para ganarse la vida. Se -- inició como poeta lírico, al publicar en aquel tiempo la primera colección -- de poesías, entre la que no podía fal-- tar la llamada "Los Ojos Castaños".

Después vino un segundo volumen "Fanta-- sías y Esbozos", mejor aún que el ante-- rior, pero no gozó de la simpatía de -- los críticos como el primero. El éxito de la primera obra le dio oportunidad entonces de realizar uno de los más -- caros anhelos de su vida: viajar.

Su Mecenas, el Consejero Collin, lo -- animó porque consideraba que esos via-- jes por el extranjero le serían de pro-- vecho para acrecentar su cultura. Vi-- sitó primero Alemania la tierra de sus antepasados, donde se extasió con la -- belleza de las catedrales góticas, le-- yó con devoción a Schiller, Goethe, -- los grandes poetas alemanes; se entu-- siasmó con las poesías de Heine y des-- pertaron su interés los cuentos de los hermanos Grimm.

Al regreso a su patria, continuó es--- cribiendo sin resultado para el teatro

que tanto le atraía. Un nuevo libro de poesía fue recibido con indiferencia; escribía sin cesar pero no lograba una posición definitiva.

Le llevó sus libros al Rey que, enterado de sus deseos, le concedió una pensión para que viajara durante dos años.

Andersen había cumplido ya veintiocho años cuando partió. Se dirigió a París y allí conoció al patriarca del romanticismo, el gran Víctor Hugo; visitó la Opera, los Teatros, conoció Versalles, paseó por sus bien trazados jardines y admiró la columna que Napoleón hizo levantar en la plaza Vendome. En seguida se dirigió a Suiza y le sobrecogieron las elevadas montañas de los Alpes; estuvo en Ginebra, viajó por el Rin, conoció los castillos de sus márgenes. Escribió un poema del que más tarde saldría el hermoso cuento romántico titulado "La Sirenita".

Después fue a Italia, el país del arte, donde se sintió feliz; visitó Milán y Génova, admiró las maravillas de los museos de Florencia; pasó a Roma, la ciudad eterna incomparable, donde permaneció más tiempo admirando tantas reliquias del pasado, y en Nápoles, la alegre ciudad visitada en seguida, recibió la dolorosa noticia que le amargó su viaje: su madre había dejado de

existir; muy poco pudo hacer por ella su hijo ya célebre, pero sin fortuna.

Viajó por Austria, visitó Viena, y de regreso a su país empezó a escribir -- sin cesar; sus días se desgranaban en horas de labor porque sabía que el trabajo es panacea para todos los dolores. Una novela, "El Improvisador", fue el resultado de esa tarea.

El éxito de la novela "El Improvisador" fue sorprendente; se hicieron varias ediciones y se tradujo desde luego al sueco, al alemán y al inglés; sus cuentos fantásticos no lo fueron menos y se difundieron inmediatamente por el mundo. Un admirador amigo de Andersen auguraba con gran tino, que "El improvisador" lo haría famoso, pero los cuentos le darían la inmortalidad.

Sus cuentos seguían propagándose por todas partes con la misma rapidez con que los escribía. Dinamarca, Alemania, Suecia, Inglaterra dan testimonio de ello. Los críticos más severos de su patria, que antes le regateaban los elogios, declaraban ahora que sus cuentos eran perfectos y que cada uno de ellos "tenía la esencia, el perfume de un poema".

"El Improvisador" le procuró bienestar y la protección de las esferas oficiales de su país. Compuso por ese tiempo una comedia con el título "El Mulato", que tuvo la suerte de ser aceptada; -- pero el día que se iba a estrenar, sucedió lo inesperado, el Rey había fallecido, Federico VI, su protector, su excelso amigo y consejero había dejado de existir. Se pospuso el estreno por el luto nacional, pero cuando llegó, -- el triunfo fue tan completo que -- -- Andersen, conmovido, pensó que el Rey muerto lo seguía protegiendo desde el más allá.

Animado por aquel éxito, escribió otra comedia "La Mora", que constituyó un fracaso. Decididamente no era el teatro el medio propicio para él.

De nuevo viajó por el extranjero: comenzaba a sentir la soledad porque a su alrededor sólo veía parejas felices; Luisa Collin se había casado, así como Eduardo Collin, su fraternal amigo y -- compañero.

En plena madurez abandonó Copenhague y fue huésped de reyes y de príncipes, -- cuyos hijos se deleitaban oyendo las -- extraordinarias narraciones de Andersen.

En una de tantas fiestas conoció a una

joven seria y tímida, Jenny Lind, que se transfiguraba cuando hablaba; tenía la joven 23 años, una inteligencia -- excepcional y una voz que al cantar -- surgía como los dulces trinos de un -- pájaro fascinante. La llamaban "El -- Ruiseñor Sueco" y su canto inspiró a -- Andersen uno de sus más admirables -- cuentos: "El Ruiseñor".

En 1847, estuvo en Londres, donde no -- le llamaba la atención ni la majestuosa Abadía de Westminster, ni la lúgubre Torre de Londres; Para él lo interesante era lograr un deseo que había acariciado durante años; conocer a -- Charles Dickens, el gran novelista inglés. "--Nos estrechamos las manos, escribe Andersen, y al hablarnos nos entendimos".

Era natural; los que han conocido los mismos dolores siempre se comprenden. Visitó Escocia, que para él era sólo -- la patria de Walter Scott, otro escritor que había admirado.

Acompañado de uno de los nietos del -- Consejero, que a pesar de la diferencia -- de edad, no podía resistir a la -- simpatía que Andersen le inspiraba, -- viajó por España; visitó Andalucía, -- visión deliciosa del paraíso coránico, estuvo en Granada, le deslumbró la -- Alhambra y se perdió caminando por el

Generalife, la huerta de recreo de los monarcas árabes; sintió el hechizo de Sevilla y más que por el Alcázar experimentó la sugestión del goce de la naturaleza y la belleza de sus jardines paradisíacos de naranjos y limoneros; palpó el poderío de los árabes en Córdoba, la antigua capital del Califato y visitó su mezquita inconfundible. Abandonó Andalucía y se trasladó a la capital de España, la señorial Madrid, no sin antes visitar la imperial ciudad de Toledo, donde se fusionan tres grandes culturas; admiró los palacios y templos paradigmas de cada una de ellas, y llegó a Barcelona, la ciudad disciplinada, tenaz y laboriosa.

Estaba Andersen maravillado; el ambiente, el aire y el sol de España le comunicaban nueva vida: sentíase joven y escribió versos de amor dedicados a cantar la belleza de las mujeres españolas.

En 1863, otra vez en su país, escribió su libro "España" el mejor de todos los libros de viaje que salieron de su pluma.

Sus estancias en el extranjero contribuyeron a robustecer la fama que en

toda Europa le habían ganado sus libros, recibió en vida muchos halagos en todas partes; los soberanos de Europa le otorgaron honrosas condecoraciones. Para nosotros es muy significativo que entre esas preseas figure la Orden de Guadalupe, otorgada por el gobierno de México en abril de 1866. Los Reyes de Dinamarca lo colmaron de honores; Cristián IX, el último monarca que le tocó conocer, lo designó Consejero de Estado, el mismo título que había ostentado Jonás Collin.

No toda era paz y felicidad. Habían vuelto las penas; en 1863, su protector Jonás Collin falleció en Copenhague; otro leal amigo, el coronel Guldberg, también había partido en el viaje sin retorno. Todo esto le daba motivo para sentirse solo, cansado y triste.

Era ya, un anciano que había viajado mucho, había padecido muchas tristezas, había disfrutado de muchos honores, lo recordaba; pero en los últimos años de su vida sólo gozaba en cualquier paraje público, cuando los niños le pedían que contara cuentos y él lo hacía con su arte de narrar tan especial y expresivo, y la admiración y el aplauso infantil le devolvían con creces el amor profundo que había puesto en sus páginas inolvidables, impregnadas de la frescura y la vida de los campos recorridos por él en los días

de su niñez.

Andersen abandonó la vida en 1875, a la edad de 70 años; su fin fue tranquilo y silencioso. La noticia de su fallecimiento conmovió no sólo a Dinamarca, sino al mundo entero. Se dio sepultura a sus restos en la ciudad de Copenhague, que tanto admiró desde niño y se erigió un monumento a su memoria; una de las avenidas de la ciudad que recorrió bajo la lluvia con su raída levita y sus zapatones en sus años de miseria, se le dio el nombre de Hans Christian Andersen.

Su modesta casa en Odense se ha convertido en Museo, a donde ocurren admiradores de todas partes del mundo a rendirle culto a su recuerdo; pero más que en esos homenajes y ofrendas, la presencia del escritor persiste vigorosa y sempiterna en sus 168 magníficos cuentos.

A más de un siglo de distancia de su partida, los cuentos de Andersen se siguen y continuarán leyendo; ellos lo han hecho inmortal; después de haber encantado nuestra niñez con su belleza y su delicado tono lírico pueden volver a deleitarnos siempre, cualquiera que sea la época de la vida en que los leamos.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LIC. MANUEL SILOS MARTINEZ

R E C T O R

DR. REYES TAMEZ GUERRA

SECRETARIO GENERAL

DR. RAMON G. GUAJARDO QUIROGA

SECRETARIO ACADEMICO

PROFR. Y LIC. GILBERTO R. VILLARREAL DE LA GARZA

D I R E C T O R